

Unidad 12

- Manuel Mounier.

capítulo XX

EL PERSONALISMO

MANUEL MOUNIER

(1905-1950)



I. VIDA

Nace en Grenoble, el 1º de abril de 1905. De "mis cuatro abuelos campesinos. . . con tierra en los zapatos, la levantada a las tres de la mañana y la rebanada de salchichón entre los dedos".

Sano de cuerpo y de espíritu; sin embargo, durante la infancia sufrió dos accidentes que debilitaron su vista y le produjeron sordera parcial.

Desde el liceo descubre su vocación por la filosofía y la meditación reflexiva. De 1924 a 1927 es discípulo de Jacques Chevalier en la Universidad de Grenoble.

En 1927 obtiene el segundo lugar, tras Raymond Aron.

En octubre de 1932 aparece el primer número de la revista **Esprit**, que, según sus palabras, "más que una revista será un movimiento, un círculo de amistades dinámicas, orientada, según la vocación personal, hacia una colaboración intelectual o hacia la acción en la opinión pública".

En 1939 es incorporado a las armas. Prisionero en 1940, es puesto en libertad poco tiempo después.

El 25 de agosto de 1941, la revista **Esprit** es prohibida por decisión del almirante de la flota "por las tendencias generales que manifiesta". Su director y fundador fue encarcelado varias veces. En una de ellas, hace huelga de hambre durante doce días, con otros prisioneros. En 1944, Francia es liberada de la ocupación nazi, y la revista **Esprit** reaparece.

A las tres de la mañana del día 22 de marzo de 1950 muere de un paro cardíaco mientras dormía.

Es el padre del "personalismo", que se encarnó, vívidamente, en este hombre. Su filosofía se sitúa entre el absoluto metafísico y la historia concreta escrita por los hombres.

II. OBRAS

El pensamiento de Charles Péguy (1931).
La revolución personalista y comunitaria (1935).

De la propiedad capitalista a la propiedad comunitaria (1936).

Manifiesto al servicio del personalismo (1936).

El afrontamiento cristiano (1944).

Tratado del carácter (1946).

Lo que es el personalismo (1947).

III. SINTESIS DOCTRINAL

El punto de partida de Mounier no son las ideas ni las doctrinas expuestas en los libros, sino parte de un "acto de presencia ante la miseria del mundo actual", ante la visión insoportable del "desorden establecido". Esa toma de conciencia personal es preciso comunicarla al mayor número posible para comprometerse juntos en el combate por una sociedad nueva. Por consiguiente, la teoría y la práctica se engendran mutuamente, y la misma filosofía combate y se bate en la historia; por ello está marcada por el ritmo del acontecimiento histórico —"maestro interior"— e intenta influir "aquí y ahora" en el movimiento de la historia. Recuérdese que el autor fue testigo y actor de la trágica segunda guerra mundial.

Mounier, como su amigo y maestro Ch. Peguy, fue un crítico lúcido e implacable de su tiempo. Amó tanto a su época que no puede menos de ser "violento" contra esta sociedad fundada en el dinero, los egoísmos, los privilegios y el derecho que consagran el "desorden capitalista", el monstruo metafísico que subvierte todos los valores. He aquí las señales de esta colectividad cuyos principios son pura y simplemente materialistas y mecánicos, cuantitativos y matemáticos, anónimos e impersonales mediante la burocracia:

a) **Primado de la ganancia y del lucro:** pues el capitalismo engendró "la fecundidad monstruosa del dinero" legalizando la práctica del "interés - usura" y la especulación financiera bajo las formas más variadas e impersonales (las sociedades anónimas, las compañías multinacionales, etc.) y, peor aún, el beneficio capitalista se adquiere sobre el fruto del trabajo del hombre. "la ganancia capitalista reposa y vive de un doble parasitismo: el uno, contra la naturaleza: sobre el dinero; el otro, contra el hombre: sobre el trabajo".

b) **Primado del capital sobre el trabajo.** Vivimos la dictadura del capital quien es el "primer servido" y, en consecuencia, ha domesticado y envilecido el trabajo humano al despojarlo de la iniciativa, creatividad, responsabilidad e intercambio de bienes en el seno de una comunidad orgánica.

c) **Primado de la producción sobre el consumo.** El hombre está regido por la producción desbordante que modela sus necesidades, aunque sean artificiales. La producción tiránica regula despóticamente el consumo. Crea una "falsa ética de las necesidades humanas".

En resumen: el hombre al servicio de la economía; hay que rescatarlo por una economía personalista, es decir, al servicio de los hombres. Las genuinas necesidades humanas deben regir la producción, el consumo, y, no a la inversa. Urge la "nueva ética de las necesidades", donde campee la responsabilidad por doquier,

la creación por doquier, la colaboración por todas partes". Sólo así será una civilización a la medida del hombre; que no esté fundada en el bienestar, en la seguridad, en el confort ni aun en la felicidad individual, sino en el desarrollo integral de la persona en el seno de una comunidad fraternal.

El desorden de nuestra civilización se plasma concretamente en el tipo de hombre que ha creado: **el burgués**. En efecto, la historia de la civilización burguesa —ese "cáncer de toda Europa occidental" que tiende a infectar al mundo entero— es la historia de una decadencia progresiva: del héroe individualista (Don Quijote) al burgués capitalista; de la conquista individual a la conservación egoísta de los bienes; de los valores creativos (Miguel Ángel, Galileo) a los valores de la comodidad y el bienestar; del "yo soy" del filósofo al "yo poseo" del propietario.

En este contexto aparece **el individuo**, fiel reflejo de la sociedad capitalista, replegado en sí mismo, anclado sobre "lo privado": propiedad privada, vida privada, rodeada de gruesas murallas psicológicas, morales y jurídicas para preservar su privacidad. Lo peor del caso es cuando el burgués individualista "se reviste de religión" para defender sus privilegios y sus posiciones, con lo cual identifica sus raquíticos y mezquinos valores con los valores cristianos con grave perjuicio de adulterar el evangelio y por el consiguiente alejamiento del mundo de la miseria y el trabajo. "Ya es tiempo de que explote el escándalo". En el polo opuesto del individuo se encuentra **la persona** como apertura a los demás, superación incesante y anhelo de comunión.

El fascismo surge como un renacimiento de los valores colectivos frente al individualismo burgués; pero, ¡atentos!, no ha roto con el primado del dinero, sino, antes bien, está a su servicio e instaura "la primacía de la fuerza irracional", donde la persona queda disuelta en aras del líder inspirado y todopoderoso (Hitler, Mussolini, Franco, etc.).

La posición del autor **ante el marxismo** puede resumirse en el diálogo que exige necesariamente la valiente y luminosa distinción de los interlocutores, así como el aprecio de la posición opuesta. Los méritos del marxismo son múltiples, pues ha sabido "conservar la confianza del mundo de la miseria, ya que está presente en medio de ella", mientras los cristianos están al frente de los negocios, solidarios con el mundillo del dinero. En este aspecto, la existencia del comunismo es la "denuncia física de nuestra falta". Y el arrogante "anticomunismo" es un simple disfraz para justificar el desorden establecido. Además el marxismo nos ha liberado de los falsos espiritualismos, y su aguda crítica acerca de las alienaciones ha dado en el blanco.

Pero Mounier es tajante en su posición: "la negación fundamental de lo espiritual como realidad autónoma, primera y creatriz" que considera la vida del espíritu humano y sus manifestaciones como un mero "reflejo ideológico" o, por lo menos, "como un segundo estado del ser" inmanente a los procesos económicos, condena al marxismo a ser un "realismo truncado", un humanismo enfermo.

Consecuente con sus ideas, proclama la urgencia de unir a la ineludible revolución material económica una revolución moral y espiritual. Esta revolución espiritual no debe ser concebida como algo separado de la revolución material —como lo creen ingenuamente muchos moralistas—, ni tampoco relegada para más tarde como afirman a menudo los marxistas. Por el contrario, la revolución espiritual —donde "la persona es la sola responsable de su salvación"— debe inspirar, dirigir y fecundar desde el interior el conjunto de las transformaciones materiales. De lo contrario, se caerá en otra alienación al proclamar en lugar de las enajenaciones

anteriores —Estado, derecho, patria, religión— el automatismo de las cosas, el economicismo salvador. Para vivificar la revolución material hay que clamar por la conversión personal, la salvación personal para eludir de manera total la amenazadora enajenación.

Pero vengamos a **la persona**, "centro de reorientación del universo objetivo". Ella no es un concepto abstracto, ni una simple definición, sino un "proceso", un "movimiento", "impulso de personalización", "actividad creadora". Empleando sus propias palabras; "es una actividad de autocreación, de comunicación y adhesión que se capta y percibe actuando, como movimiento de personalización".

La persona posee una "estructura de interioridad" que exige la concentración, la meditación enriquecedora para alcanzar la cima que consiste en afirmarse mediante la donación de sí, en encontrarse perdiéndose y despojándose "de sí, de sus bienes, del egocentrismo". Pero, además, la persona posee una "estructura de exterioridad" que le permite e impulsa a estar presente en el mundo y en la historia. "No es justo despreciar tanto la vida exterior, pues sin ella la vida interior llega a la locura, y aquélla sin interioridad, delira".

En concreto, la persona se prueba y encuentra en la acción, ya que la acción y el compromiso están en el centro de la existencia. Pero la acción es polifacética.

En primer lugar, el "hacer", que "domina y organiza la materia exterior". Es el campo propio de la economía y la política teniendo por medida y criterio la eficacia.

Luego viene el "obrar", orientado a "formar a la persona, su habilidad, sus virtudes, su unidad personal". Es la zona de la acción ética que está determinada y sustentada por la vida económica y social.

Por último, está la "acción contemplativa" constituida por la aspiración hacia un reino de valores que ilumina y desarrolla toda la actividad humana". Una expresión predilecta de la acción contemplativa es la "palabra profética" que da testimonio genuino y tajante de lo absoluto, aun a costa de cualquier cosa. La trilogía es ascendente y fecundante: parte desde la eficacia hasta el testimonio, y desde el polo político al polo profético. Esto constituye no sólo la "estructura dialéctica de la acción", sino más fuertemente la "estructura trágica de la acción".

Pero la persona solitaria es incompleta. Por el contrario, en **la comunidad**, la persona encuentra el medio más propicio para lograr su plenitud, ya que "el acto fundamental de la persona es la comunión", la comunicación de conciencias, pero, sobre todo, de existencias; la relación "yo-tú" es el amor como generosidad, ofrenda, don mutuo. Aunque es preciso reconocer que la relación con el otro entraña un gran riesgo y una gran oportunidad. Riesgo si la relación es anónima, impersonal, que con el tiempo se convierte en un infierno. Pero será una maravillosa aventura personalizante si en una comunidad genuina se vive la afirmación de cada personalidad sin aceptar ninguna mutilación en espera de la edificación de un reino universal de personas. En un texto del **Manifiesto personalista** nos presenta una imagen utópica —entiéndase difícil de alcanzar, pero realizable— de la comunidad: "Si fuera preciso dibujar la utopía, describiríamos una comunidad donde cada persona se realizaría en la plenitud de una vocación continuamente fecunda, donde la comunión del conjunto sería un fecundo resultado de los logros singulares. El lugar de cada uno sería insustituible y al mismo tiempo en armonía con el conjunto. El amor sería el vínculo primordial, descartada cualquier presión, cualquier interés económico o vital. Cada persona encontraría en los valores comunes —que trascienden el tiempo y el espacio particular de cada uno—, el vínculo que uniría a todos los integrantes.

He aquí al personalismo plasmado en la comunidad de personas que puede extenderse a toda la sociedad.

IV. BIBLIOGRAFIA ACCESIBLE EN ESPAÑOL

1. *Manifiesto al servicio del personalismo*, Ed. Taurus, Madrid, 1965.
2. *El personalismo*, Eudeba, Buenos Aires, 1962. (Cuadernos EUDEBA, N° 64).
3. *El miedo del siglo XX*, Taurus, Madrid, 1965.
4. *Fe cristiana y civilización*, Taurus, Madrid, 1964.

V. TEXTOS¹

A. LA PERSONA Y EL PERSONALISMO EN LA HISTORIA

1. LA PERSONA NO ES FACIL DE DEFINIR.

Una persona es un ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia y de independencia en su ser; mantiene esta subsistencia mediante su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos en un compromiso responsable y en una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad y desarrolla por añadidura, a impulso de actos creadores, la singularidad de su vocación.

Por precisa que pretenda ser, esta designación no se puede tomar como una verda-

dera definición. La persona, efectivamente, siendo la presencia misma del hombre su característica última, no es susceptible de definición rigurosa. No es tampoco objeto de una experiencia espiritual pura, separada de todo trabajo de la razón y de todo dato sensible. Ella se revela, sin embargo, mediante una experiencia decisiva, propuesta a la libertad de cada uno; no la experiencia inmediata de una substancia, sino la experiencia progresiva de una vida: la vida personal. Ninguna noción puede sustituirla.

(*Manifiesto*, pp. 71-72.)

2. LA PERSONA POSEE UN VALOR ABSOLUTO QUE NO DEBE SUBORDINARSE A NADA.

Digamos inmediatamente que a esta exigencia de una experiencia fundamental el personalismo añade una afirmación de valor, un acto de fe: la afirmación del *valor absoluto de la persona humana*. Nosotros no decimos que la persona del hombre sea el Absoluto (aunque para un creyente el Absoluto sea Persona y que en el rigor del término no sea más espiritual que personal). También pedimos que se tenga cuidado en no confundir el absoluto de la persona humana con el absoluto del individuo biológico o jurídico (y pronto veremos la diferencia infinita de uno y otro). Queremos

decir que, tal como la designamos, la persona es un absoluto respecto de cualquiera otra realidad material o social y de cualquiera otra persona humana. Jamás puede ser considerada como parte de un todo: familia, clase, Estado, nación, Humanidad. Ninguna otra persona, y con mayor razón ninguna colectividad, ningún organismo, puede utilizarla legítimamente como un medio. Dios mismo, en la doctrina cristiana, respeta su libertad, aunque la vivifique desde el interior: todo el misterio teológico de la libertad y del pecado original reposa sobre esta dignidad conferida a la libre elección de

¹ Textos de las ediciones indicadas en la bibliografía anterior.

la persona. Esta afirmación de valor puede ser en algunos el efecto de una decisión que no es ni más irracional ni menos rica de experiencia que cualquier otro postulado de valor. Para el cristiano, se funda sobre la creencia de fe de que el hombre está

hecho a imagen de Dios, desde su constitución natural, y que está llamado a perfeccionar esta imagen en una participación progresivamente más íntima en la libertad suprema de los hijos de Dios.

(*Manifiesto*, pp. 72-73.)

3. LA CIVILIZACIÓN Y LA DOCTRINA PERSONALISTAS SON LAS QUE OTORGAN UNA VERDADERA PRIMACIA A LA PERSONA HUMANA POR ENCIMA DE CUALQUIER OTRO MECANISMO MATERIAL O COLECTIVO.

Llamamos personalista a toda doctrina, a toda civilización que afirma el primado de la persona humana sobre las necesidades materiales y sobre los mecanismos colectivos que sostienen su desarrollo.

Al agrupar bajo la idea de personalismo aspiraciones convergentes, que buscan hoy su camino más allá del fascismo, del comunismo y del mundo burgués decadente, no se nos oculta la utilización desidiosa o brillante que muchos harán de esta etiqueta para tapar el vacío o la incertidumbre de su pensamiento. Prevedemos las ambigüedades, el conformismo, que no dejarán de infectar la fórmula personalista como cualquier fórmula verbal sustraída a una reacción continua. Por esto precisamos sin tardanza que:

El personalismo no es para nosotros más que un santo y seña significativo, una co-

moda designación colectiva para doctrinas distintas, pero que, en la situación histórica en que estamos situados, pueden ponerse de acuerdo en las condiciones elementales, físicas y metafísicas de una nueva civilización. El personalismo no anuncia, pues, la creación de una escuela, la apertura de una capilla, la invención de un sistema cerrado. Testimonia una convergencia de voluntades, y se pone a su servicio, sin afectar a su diversidad, para buscar los medios de pasar eficazmente sobre la historia.

Por tanto, es, en plural, "de los personalismos" de quienes deberíamos hablar. Nuestra finalidad inmediata es definir, frente a unas concepciones masivas y parcialmente inhumanas de la civilización, el conjunto que pueden dar fundamento a una civilización dedicada a la persona humana.

(*Manifiesto*, pp. 9-10.)

4. EL PERSONALISMO TIENE UNA GRAN OPORTUNIDAD HISTÓRICA.

Está en abierta oposición al individualismo burgués, al fascismo y al marxismo.

La creencia de que lo espiritual, sea cual sea la forma última en que se le conciba, sigue siendo "asunto privado" de moralidad individual, es común a todas las doctrinas que hemos rechazado: al *idealismo burgués*, que abandona lo social a las "leyes de bronce"; al *realismo fascista*, que rechaza, hasta en la vida privada, cualquier otra autoridad espiritual que la del Estado; al *materialismo marxista*, para quien las pseudo-realidades espirituales y personales no tienen iniciativa primaria en los asuntos humanos.

El *personalismo* que hemos circunscrito coloca, al contrario, un valor espiritual, la persona, receptáculo o raíz del conjunto de

los demás, en el corazón mismo de la realidad humana. La persona no es, como algunos conceden a veces, un coeficiente entre otros muchos de la aritmética social. No acepta el estar relegada al papel de simple correctivo de una espiritualidad que le es extraña. En las doctrinas de aquellas civilizaciones de las que nosotros renegamos hemos señalado por espíritu de justicia cualquier traza, incluso confusa, de inspiración personalista.

.....
El *personalismo*, desde hoy, debe tomar conciencia de su misión histórica decisiva. Ayer no era más que un impulso difuso y a

menudo excéntrico en unos movimientos culturales, políticos y sociales muy distintos. Como todo valor que busca un nuevo camino histórico, ha inspirado durante cierto tiempo más indecisiones que líneas de conducta, más abstenciones que iniciativas. Hoy ha agrupado bastantes voluntades, ha elucidado suficientemente sus principios de base y sus deberes próximos para mostrar con toda claridad su propia oportunidad, que es la oportunidad del hombre frente al mundo burgués, al marxismo y a los fascismos. Al inspirar también una concepción total de la civilización, vinculada al destino más pro-

fundo del hombre real, no tiene por qué mendigar un lugar en ninguna barahúnda política; ahora, con la simplicidad y el desinterés de los que sirven al hombre, debe tomar en los sitios que están preparados a ello la iniciativa de la historia.

Sabemos que todas las formas de positivismo reaccionario, tecnócrata, fascista o marxista, rehusarán *a priori* toda competencia al personalismo. Para ellos son determinismos políticos, técnicos o económicos los que gobiernan la historia.

(*Manifiesto*, pp. 105-106.)

B. ESTRUCTURAS DEL REGIMEN PERSONALISTA

1. LA EDUCACION NO DEBE FORMAR BUENOS "SUBDITOS" DEL REGIMEN, SINO HOM- BRES CAPACES DE PENSAR POR SI SOLOS Y COMPROMETERSE EN LA HISTORIA.

1. *La educación no tiene por finalidad el modelar el niño al conformismo de un medio social o de una doctrina de Estado.* No se debería, por otra parte, asignarle como fin último la adaptación del individuo, sea a la función que cumplirá en el sistema de las funciones sociales, sea el papel que se entrevé para él en un sistema cualquiera de relaciones privadas.

La educación no mira esencialmente ni al ciudadano, ni al profesional, ni al personaje social. No tiene por función dirigente el hacer unos ciudadanos conscientes, unos buenos patriotas o pequeños fascistas, o pequeños comunistas o pequeños mundanos. Tiene como misión el despertar seres capaces de vivir y comprometerse como personas.

Nos oponemos, por tanto, a cualquier régimen totalitario de escuela que, en lugar de preparar progresivamente a la persona para usar de su libertad y de sus responsabilidades, la esteriliza en el inicio doblegando al niño al triste hábito de *pensar por delegación*, de *actuar por órdenes* y de no tener otra ambición que *estar colocado, tranquilo y considerado, en un mundo satisfecho.*

Si, por añadidura, la posesión de una profesión es necesaria a este mínimo de libertad material sin la cual toda vida personal se encuentra ahogada, la preparación a la profesión, la formación técnica y funcional, no debería constituir el centro o el móvil de la obra educativa.

(*Manifiesto*, pp. 113-114.)

2. LA "MUJER CASADA" DE NINGUNA MANERA SERA UN SIMPLE REFLEJO DEL MARI- DO NI LA INGENUA "MUJER DE CASA".

Llamada a su misión de persona, la mujer casada no puede ser ya en la familia el simple instrumento o el reflejo pasivo de su marido. Nosotros no pensamos que su "liberación" tenga "como primera condición la entrada de todo el sexo femenino en la industria pública" (Engels), ni que las tareas del hogar estén afectadas de no sé qué coeficiente especial de indignidad. Es incluso ridículo en una unión que sella el amor el

ver cierta dependencia intolerable en el hecho de que la mujer viva, si es necesario, del salario de su marido.

Pero el amor no está siempre ahí ni lo resuelve todo. Si tantos matrimonios, de la pequeña y gran burguesía, se anudan en una precipitación desconsiderada para acabar en tantos fracasos lamentables, es en parte debido al hecho de que la muchacha, en lugar de ser educada para sí misma, está

condenada por la educación burguesa a alcanzar del matrimonio su subsistencia material y su subsistencia espiritual. Alentada por la institución bárbara de la dote, un cálculo inevitable viene a desviar entonces la libertad de elección. Una condición primaria, para que en cualquier hipótesis esté asegurada la independencia de esta elección respecto de las presiones económicas, es la adquisición por toda muchacha de un saber eventualmente remunerador. Con ello no ganará únicamente la autonomía material. Si el trabajo es una disciplina indispensable para la formación y el equilibrio de la persona, si la ociosidad es, como se dice, la madre de todos los vicios, no se ve la razón de que la mujer escape a esta ley común. El mal de la mayoría de las mujeres ha fermentado en primer término en la desocupación tras el miedo a la vida solitaria, el desarrollo del celibato, hasta la apatía lenta en las tareas materiales o en la diversión mundana.

El ejercicio de un oficio por la mujer casada se presenta bajo aspectos mucho más complejos que su aprendizaje por la muchacha. Hasta la maternidad podrá serle un excelente antídoto contra el egoísmo de la pareja y la sentimentalidad confinada del aislamiento. Si generalmente el hijo le hace imposible el pleno ejercicio, es conveniente que la mujer guarde el contacto con el exterior mediante un oficio de mitad o de un cuarto de jornada (a los que la legislación y la organización profesional deberán dar un lugar) o, si se quiere, mediante una ocupación benévola. La inhumanidad del régimen actual, que coacciona a la mujer pobre al trabajo forzado y la arranca de su hogar,

y los excesos de una cierta concepción marxista, no justifican en absoluto la reacción idiota de una "vuelta al hogar" materialmente concebido y sistemáticamente aplicado, que apartaría más completamente aún a la mujer del mundo, ello sacrificaría la adaptación viva de la mujer a su marido y con sus hijos a la ilusión de una promiscuidad material aumentada. La presencia física de la mujer en el hogar, ¿no se aliviaría considerablemente si se hiciera un esfuerzo para propagar las maquinarias domésticas, un reparto más equitativo de las cargas materiales aceptado por el marido, el hecho de dar menor importancia a los refinamientos de cierto confort burgués y una mejor concepción extendida a la necesidad, por el bien de la pareja como por el de los hijos, de no confundir la intimidad con la promiscuidad permanente?

En cualquier hipótesis, la mujer casada debe gozar plenamente de los ingresos de su trabajo, en igualdad de derechos y cargas con su marido, salario igual y trabajo igual, y libre disposición del salario, con aportación por igual a las cargas del matrimonio en caso de trabajo exterior remunerado; derecho al salario matrimonial tomado del salario del marido en caso de trabajo matrimonial en el domicilio. Es deseable, ciertamente, que la comunidad matrimonial esté tan bien establecida que se burle de cualquier jurisdicción. Pero la ley debe colocarse del lado del máximo riesgo, no de los logros felices. Y su papel es el de aportar un orden allí donde el amor la haría inútil.

(*Manifiesto*, pp. 140-142.)

3. LA ECONOMÍA NO PUEDE TENER LA PRIMACÍA EN LA VIDA HUMANA.

¿Lo económico ante todo?

La importancia exorbitante que hoy posee el problema económico en las preocupaciones de todos es signo de una enfermedad social. El organismo económico ha proliferado bruscamente a finales del siglo XVIII, y como un cáncer ha cambiado o ha ahogado el resto del organismo humano. Carentes de perspectiva o de filosofía, la mayor parte de las críticas y de los hombres de acción han tomado el accidente por un estado normal. Han proclamado la soberanía de lo

económico sobre la historia y regulado su acción sobre esta primacía, de igual forma que un cancerólogo que decidiese que el hombre piensa con sus tumores. Una visión más justa de las proporciones de la persona y de su orden nos fuerza a romper tal deformación de perspectiva. Lo económico no puede resolverse separadamente de lo político y de lo espiritual a lo que está intrínsecamente subordinado, y en el estado normal de las cosas no es más que un conjunto de

basamentos a su servicio.

El accidente histórico no es menos real y determinante. Ha afectado tan malignamente todo el organismo de la persona y de la sociedad, que todas las formas del desorden, incluso espiritual, tienen una componente y a veces hay una dominante econó-

mica. Con miras a reabsorber esta monstruosa inflación de lo económico en el orden humano, debemos restituirlo urgentemente a su propio lugar para desembarazar de él todos los problemas a los que todavía falsea.

(*Manifiesto*, pp. 159-160.)

4. ECONOMÍA PERSONALISTA.

a) Primacía del trabajo sobre el capital:

1. *El capital (entendemos el capital del dinero) no es un bien productivo susceptible de fecundidad automática, sino una materia de cambio y un instrumento cómodo, pero estéril, de la producción. La economía personalista suprime la fecundidad del dinero en todas sus formas. Rechaza el interés fijo de los préstamos y de la renta. Elimina toda forma de especulación y reduce las bolsas de valores o de mercancías a un papel regulador. Reglamenta colectivamente el crédito, privando de su disposición a los bancos y a las sociedades de crédito parasitarias.*

.....
No se trata, como puede verse, de "suprimir el capital", sino de restablecer una relación de valor esencial: el capital no es más que "material" económico. Y un material ni gobierna ni prolifera. *El trabajo es el único agente propiamente personal y fecundo de la actividad económica; el dinero no puede ser ganado más que en vinculación personal con un trabajo; la responsabilidad no puede ser asumida más que por un trabajador.*

(*Manifiesto*, pp. 185-186.)

b) Primacía de la responsabilidad personal sobre el mecanismo anónimo:

Este segundo postulado no es más que un corolario del carácter personal del trabajo humano. Reivindica no contra la ganancia usuraria del capital privado o público, sino contra el acaparamiento de los puestos de autoridad y de iniciativa del capital anónimo, irresponsable y omnipotente. A este régimen subversivo oponemos los principios siguientes:

1. *El anonimato debe desaparecer del conjunto de la economía.* El capital de complemento, extraño a la empresa, verá sus títulos al portador transformados en títulos nominativos o de endoso. Las listas de los tenedores de fondos y de los presupuestos de cualquier empresa se harán públicas. Las sociedades anónimas, llamadas por antifrasis sociedades de capitales, serán suprimidas.

2. *El capital, incluso nominalmente frenado en la empresa, no tiene sobre la gestión*

de ésta más que un poder de control sin voto deliberante, mediante sus representantes designados. No tiene derecho a parcela alguna de la autoridad o de la gestión. Autoridad y gestión pertenecen exclusivamente al trabajo, responsable y organizado. Esta exigencia echa por tierra las dos columnas del desorden capitalista: el gobierno de los bancos y el de los consejos de administración, el salariado capitalista.

Sobre el primer punto, es inútil insistir. En un régimen personalista, el crédito anónimo, difuso entre unos accionistas incompetentes e irresponsables y unos bancos especuladores, es reemplazado por el crédito personal de los trabajadores y por el crédito corporativo, que no tiene sobre la empresa más que el derecho más alto asignado al capital.

(*Manifiesto*, pp. 188-189.)

c) Papel del Estado para establecer la economía personalista:

Para pasar de la economía antigua a la economía nueva, hay dos caminos cerrados

a una acción personalista radical: el reformismo, que no llega a alcanzar las causas

del desorden, y la revolución anarquista, que le prolonga. Dos caminos se abren ante él:

Uno, de inspiración federalista, consiste en organizar desde ahora, bajo una forma embrionaria, las instituciones de la sociedad personalista, y a extenderlas progresivamente hasta la ruptura del antiguo "orden".

Pero el orden capitalista resistirá, sin duda, hasta el último aliento. Pertenecer entonces al Estado, custodio del bien común, no de substituirse a la economía decadente, ya que él no es una persona colectiva y, en consecuencia, no tiene ningún dominio sobre los bienes con anterioridad a su usurpación por el capitalismo, sino de intervenir con su derecho de jurisdicción a favor del bien común del que es tutor, en nombre de las personas dañadas y en nombre de su misma autoridad, incidida por los in-

tereses económicos. Su derecho de intervención debe ejercerse, ante todo, para imponer una nueva legislación económica, apoyándose sobre las fuerzas vivas de la nación que la habrán alimentado y anunciado. En cuanto a los "derechos adquiridos" de los individuos, el Estado posee, contra aquellos que no hayan sido adquiridos mas que por la fuerza de la opresión, un derecho de expropiación con indemnización, con los que deberá hacer, en provecho de la economía nueva, un uso humano, pero riguroso. Por lo demás, reconocerá los servicios prestados por los empresarios competentes que acepten servir lealmente al orden económico. Todas las demás resistencias deben ser rotas por las fuerzas de la ley, *al servicio de la persona contra la opresión, doble y una, de la riqueza y de la miseria.*

(*Manifiesto*, pp. 204-205.)

5. LA DEMOCRACIA PERSONALISTA CONDUCE AL DESARROLLO MAXIMO DE LAS PERSONAS.

No hay para nosotros más que una definición válida de la democracia: es, en el plano político, *la exigencia de una personalización indefinida de la Humanidad.*

Los demócratas han tenido muy a menudo un sentimiento exacto de esta alma de la democracia, pero se han embrollado explicándola hasta el límite de defenderla mediante tesis que le han sido fatales. La democracia no es la dicha del pueblo: los fas-

cismos pueden asegurarla también, materialmente e incluso subjetivamente, en un pueblo cansado y privado de libertad. La democracia no es la supremacía del número, que es una forma de opresión. No es más que la busca de los medios políticos destinados a asegurar a todas las personas, en una ciudad, el derecho al libre desarrollo y al máximo de responsabilidad.

(*Manifiesto*, pp. 227-228.)

Además limita el poder y promueve a cada hombre:

...es un error el vincular a la idea democrática este igualitarismo que la ha marcado accidentalmente. El personalismo distingue *la autoridad, del poder*. El poder no es únicamente una autoridad sobre el individuo, sino un dominio que supone el riesgo, por su ejercicio mismo, de amenazar a la persona en los subordinados y en el jefe; por naturaleza tiende al abuso; por naturaleza también está tentado a degradarse del poder al gozo, a concederse progresivamente más honores, riqueza, irresponsabilidades y ocio que responsabilidades, y a cristalizarse en casta. La autoridad polí-

ticamente considerada es una vocación que la persona recibe de Dios (para un cristiano), o de su misión personalista, que desborda su función social (para un no cristiano); el deber que tiene de servir a las personas predomina sobre los poderes que el derecho positivo pueda concederle en sus funciones; es esencialmente una vocación de despertar a otras personas. *El personalismo restaura la autoridad, organiza el poder, pero también lo limita en la medida en que desconfía de él.*

El es un esfuerzo —y una técnica— para extraer constantemente de todos los me-

dios sociales la minoría espiritual con capacidad de autoridad; al mismo tiempo, es un sistema de garantía contra la pretensión del poder de las "élites" (según la época, el régimen y el lugar: "élites" de nacimien-

to, de dinero, de función o de inteligencia) de atribuirse un dominio sobre las personas en virtud del poder que ellas poseen en su servicio.

(Manifiesto, pp. 228-229.)

6. LA ARMONIA Y LA PAZ INTERNACIONALES SE EDIFICAN SOBRE EL ORDEN DE LAS PERSONAS Y NO SOBRE GRANDES Y ENGAÑOSOS MECANISMOS.

El pacifismo cosmopolita y jurdicista es la doctrina internacional del idealismo burgués. Igual que el nacionalismo es la del individualismo agresivo. Uno y otro son dos

productos complementarios del desorden liberal, injertados en dos fases distintas de su descomposición. Son dos maneras de envilecer y de oprimir a la persona.

7. NADA DE POLITICA "EXTERIOR".

No existe, para el personalismo, política exterior: ni política nacional que pudiese jugar su juego propio, utilizando en su beneficio las personas y las comunidades que componen la nación; ni política internacional que se impone a unos estados existentes como una reglamentación impersonal, voluntariamente ignorante de su contenido. *La paz, como todo orden, no puede brotar más que de la persona espiritual, que es la única en aportar a las ciudades los elementos de universalidad.*

Es decir: que la paz no es solamente la ausencia de guerra visible y confesada, y el "estado de paz" un simple intervalo entre dos guerras.

Ambos reposan, ante todo, sobre el orden interior de la persona. El estado de guerra está en potencia allí mismo, donde, bajo un orden exterior aparente, el resentimiento, el instinto de poder, la agresividad o la codicia permanecen como resorte principal de las actividades individuales y de la aventura humana. Está más peligrosamente latente aún bajo esta paz, que no es más que un apaciguamiento mediocre de los instintos y del drama del hombre. Comprimir el instinto en lugar de sublimarlo en unas luchas

en las que el hombre no tiene nada que perder, esterilizar la inquietud en lugar de comprometerla en el riesgo espiritual, es preparar en unos corazones jóvenes el despertar infalible de un heroísmo brutal en el que buscarán una salida a su disgusto. No es la mueca de la guerra, como creen los sedentarios, la que la hace sobre todo odiosa; no es que mate y haga sufrir a los cuerpos; es, ante todo, como decía Péguy en términos cristianos, que hasta en la paz mata las almas, hasta en la paz establece todas las relaciones humanas en la hipocresía y en la mentira. La fuerza que puede vencerla no es una "paz" concebida como un receptáculo de todas las mediocridades del hombre, es una paz a la medida del heroísmo, que precisamente una guerra engañosa, mecánica, inhumana, no puede pretender satisfacer. Una paz que vuelve a engendrar en ella la grandeza de alma y las virtudes viriles que se atribuyen a la guerra. *La paz no es un estado débil: es el estado que solicita de los individuos el máximo de entrega, de esfuerzo, de compromiso y de riesgo.*

(Manifiesto, pp. 237-238.)